

tener de nosotros mismos; cierto como es, de que solamente se salvarán los humildes de corazón, y que para entrar en el reino de los Cielos es preciso empequeñecerse hasta convertirse en niños. Además, ¿cuántos bienes no se alcanzan con la humildad? Se posee una perfecta tranquilidad; se conservan y se perfeccionan las virtudes ya adquiridas; se adquiere derecho á verse colmados de gracias; se alcanza con facilidad el perdón de los pecados; se atraen hácia la tierra las divinas misericordias. Así, pues, hermanos míos, procuremos ser humildes. Cuando la vanidad nos induzca á ensoberbecernos de nuestra belleza, recordemos que la belleza es como la rosa que pronto se marchita; cuando se nos hable de la nobleza de nuestro origen, recordemos que el Hijo de Dios practicó la humildad; cuando se nos halague con la idea de las riquezas más ó ménos abundantes que poseamos, pensemos que el mejor uso que podemos hacer de ellas es, el de procurarnos medios para tratar con suavidad y cariño á nuestros hermanos de condición humilde; y cuando se nos presente bajo otros disfraces, digamos para nosotros mismos: nuestro primer deber es salvarnos; y para salvarnos, ante todo, debemos ser humildes.

DISCURSO X.

CELO.

Omnis, qui celum habet legis, exeat post me.

Todo el que tenga celo por la ley, sígame. (I. MACCH. II, 27.)

Dios obró con frecuencia estupendísimos prodigios para proveer á las temporales necesidades de los hombres. Padre de bondad y de misericordia, envió á José para saciar el hambre de sus hermanos; á Moisés, para arrancar al pueblo Hebreo de la dura esclavitud de Faraon; á Isafas, para librar de sus enemigos al rey de Judá; á Daniel, para salvar á la virtuosa Susana de la muerte; á los mismos Angeles, para sustraer á Loth de las llamas, y á Sara de la infestación del demonio, para arrancar á Jerusalén del poder de los Asirios, y para salvar á los inocentes muchachos del horno de Babilonia. Considerando esta divina Providencia, el rey profeta exclamaba: ¡Cuán grandes y maravillosos son tus caminos, Señor! De tu mano esperan los vivientes su subsistencia, y á tu soplo se renueva cada día la faz de la tierra. Y si grande es el cuidado que Dios se toma para atender á nuestras necesidades corporales, mayor es la que se toma por las necesidades de nuestra alma. En efecto; Él, que siempre acudió de mil maneras á la salvación del hombre, en la plenitud de los tiempos envió del Cielo á la tierra á Jesucristo, que es la misma clemencia para los pecadores, la misma verdad para los extraviados, y la misma vida para los muertos. Por consiguiente, quiso demostrarnos con sus ejemplos, que si queremos serle fieles debemos asistir al prójimo, tanto en las necesidades temporales como en las espirituales.

De esta virtud nos dió también ejemplo la Santísima Virgen, cuya caridad no se limitó tan solo al alivio de los males materiales, sino que se extendió más léjos, no perdiendo de vista aquellas miserias, y aquellos dolores que se refieren á la parte más noble del hombre,

cual es el alma. Hé aquí, amados hermanos, porque habiéndoos hablado de aquella caridad, que nos obliga á socorrer á los indigentes que no pueden satisfacer las primeras necesidades de la vida, tengo que ocuparme ahora de la caridad que nos invita á enseñar á los ignorantes, á dar buenos consejos á los vacilantes, á fortalecer á los débiles, á llamar hácia el buen sendero á los extraviados, y á dispensar consuelos á los afligidos. Importantísimo es el asunto; y daré por bien empleadas mis fatigas, si llego á convenceros del celo que debemos alimentar en nuestro corazon por la salvacion del prójimo, imitando la conducta de María. Saludémosla ántes con el Arcángel: A. M.

Que ciertas personas tienen estrechísima obligacion de atender á la salvacion del prójimo, lo enseñan las sagradas Escrituras. Corresponde á los padres, atender con esmerada diligencia á las necesidades de los hijos (1). Toca á los señores, cuidar de la salud de sus súbditos (2). Es obligacion de los cabezas de familia, cuidar de la salud de los domésticos (3). La salvacion de las almas corresponde á aquellos bajo cuya direccion están puestas, y deben vigilarlas de tal suerte, que si se perdiese una de las ovejas confiadas á su cuidado por falta de oportuna vigilancia, se descontaría con la suya la ruina agena (4).

Si las personas de posicion deben de un modo especial procurar la salvacion de sus subordinados, apartarles de la senda del pecado, y arrancarles de las garras de Lucífer; siendo el amor del prójimo un deber que comprende á todos; todos debemos tener celo por su salvacion. En efecto; Dios no mandó á solos los superiores corregir amorosamente al pecador, sinó que lo intimó á todos los fieles, sin excepcion (5); tampoco impuso á solos los padres ó á los directores el cuidado de la salud espiritual del prójimo, sinó que lo impuso á todos sin restriccion alguna (6). ¿Se creerá, acaso, que el precepto de la caridad, que obliga ciertamente á todos, mire tan solo al cuerpo, sin que tenga nada que ver con el alma? ¿O se supondrá, que con habernos impuesto el precepto de dar de comer al hambriento, de beber al sediento y de vestir al desnudo, no se nos impuso el de apartar,

(1) ECCL. VII, 25.

(2) ROM. XIV, 4.

(3) I. TIM. V, 8.

(4) EZECH. III, 18.

(5) MATTH. XVIII, 15.

(6) ECCL. XVII, 12.

pudiendo, al lascivo, del lodo de sus inmundicias; al iracundo, del furor de sus venganzas; y al negligente, del sueño de su desidia? Basta considerar cuanto el alma es superior al cuerpo para comprender, que se nos recomendó la caridad ántes para el alma que para el cuerpo.

Además, para amar debidamente al prójimo es necesario elevarse al amor con que nos amó Jesucristo. Nuestro piadoso Salvador, para manifestarnos la predileccion especialísima que tenía por la caridad, á su precepto añadió su ejemplo: Amaos los unos á los otros, nos dice, como yo os he amado á vosotros (1). Ahora bien; Jesucristo nos amó, atendiendo, no solo á las necesidades del cuerpo, sinó principalmente á las del alma.

No puede negarse que el Unigénito Hijo del Altísimo, hecho hombre, empleó maneras amables para con los infelices, y usó de su omnipotencia para consolarlos. Devolvió la salud á la hija de la Cananea; curó al Parálítico, que yacía, por espacio de treinta y ocho años, abandonado de todo el mundo, bajo los pórticos de la piscina Probática; sanó al Leproso, que vivía solitario en la llanura que divide al monte Tábor de la ciudad de Cafarnaum; sosegó las tempestades, alejó los peligros, multiplicó los panes, dió vista á los ciegos, resucitó á los muertos, y fué el bienestar de todos (2); pero lo fué de un modo especial, procurando la salvacion de los pobres pecadores. Le vemos fatigado y abrasado sentarse en el pozo de Sicar, aguardando á la mujer de Samaria, para purificarla de la hediondez de su lascivia; y perdonar á la Magdalena la multitud de sus pecados, tratándola con evidentes señales de tiernísima benevolencia. Le oimos en las misteriosas parábolas del Hijo pródigo abrazado con tanto afecto por su anciano padre, y de la oveja extraviada conducida de nuevo con grande fiesta al rebaño del buen pastor. Sentóse en las mesas de los Fariseos para convertir á los culpables; subió los collados para predicar á las muchedumbres; señaló la verdadera senda de la salvacion para enderezar á los extraviados; y dijo que no había venido para los justos, sinó para los pecadores (3). Y amó tanto el acogerles, familiarizarse y conversar con ellos, que la altiva Sinagoga le señalaba como amigo de gente desacreditada. Además, ¿por qué descendió del Cielo á la tierra, sinó para redimirnos y para alcanzarnos la salvacion eterna? Por esto nació en una miserable

(1) JOAN. XV, 12.

(2) ACTOR. X, 38.

(3) MATTH. IX, 13.

choza; por esto agudas espinas penetraron en su cabeza; gruesos clavos desgarraron sus piés; por esto exhaló su espíritu en el patíbulo de la Cruz en medio de mil martirios, maldito por la chusma, y tratado como un gusano (4). Si, pues, debemos amar al prójimo como Jesús nos amó á nosotros, no puede dudarse que es para nosotros un deber indispensable subvenir á las enfermedades espirituales de nuestros hermanos, sin olvidar de socorrerles en sus necesidades corporales.

Esta fué precisamente la caridad de María, conforme la habían significado las figuras. La zarza de Moisés, que por mucho que ardiéramos no se consumía, figuraba á María, que no se ha cansado nunca ni puede cansarse de iluminar á los mortales con los resplandores de la gracia. El vellocino de Gedeon, que recogió el rocío del cielo, representaba á María, que con sus bondades y misericordias humedece la tierra para que el sol no la abrase. El arca de la Alianza que, llevada en hombros de los Levitas, proporcionó tantas victorias al pueblo de Dios, fué figura de María, que hace de continuo descender sobre nosotros los efectos de la divina misericordia. La nube de Elías que, primero, apareció pequeña como huella de pié de hombre, y luego cubrió el cielo, y deshaciéndose en benéfica lluvia, fecundizó los campos de Israel, figuraba también la Madre del Salvador, que, cual purísima nube, derrama sobre el mundo el rocío de sus bondades. Los santos Padres la vieron asimismo representada en Rebeca, que con los vestidos de Esaú disfrazó á Jacob, para atraer sobre él las bendiciones de Isaac, pues María nos cubre con el cuerpo de su Hijo, para que el Padre celestial no cese de bendecirnos: en Jahel, que venció á Sisara, venciendo María á nuestro comun enemigo para que no pueda dañarnos: en Judit, que, matando á Holofernes, redujo á la impotencia á los enemigos del pueblo de Dios, porque la Virgen hace impotente al demonio para que no pueda perdernos: en Esther, esposa de Asuero, la cual libró á su pueblo de los artificios del cruel Amán, puesto que María obtiene para los suyos, aunque sean culpables, gracia y misericordia: en Bethsabé, madre del pacífico Salomón, porque María nos ha dado á Jesucristo, autor de la paz, firmada con sangre, entre el Cielo y la tierra; y en Abigail, que templó el enojo de David irritado con Nabal, pues María temple la justicia del eterno Padre provocada por los insensatos pecadores.

Por eso San Efrén la llamó incensario de oro, que hace subir al Cielo el humo del incienso de nuestras oraciones, para que el Cielo

nos envíe sus gracias (1). Por eso San Buenaventura la llama abogada de los pobres, puerto de los que naufragan, solaz de los miserables, por cuya influencia los justos adelantan y los extraviados vuelven al camino (2). El Damasceno nos dice, que María es la casta paloma que trae á Noé la señal de paz y de misericordia (3). San Bernardino de Sena nos asegura, que es admirable el poder que Ella tiene para detener la mano de Dios cuando quiere castigar á los culpables (4).

Y en efecto; ¿cuántas necesidades espirituales no socorrió Ella durante su vida mortal? Nuestros primeros padres habían incurrido en la animadversión del Criador. Culpables de un delito de desobediencia á los divinos preceptos, cayeron del estado de inocencia en que fueran criados; y el baldon, la ignominia, la maldición y la sentencia de muerte siguieron inmediatamente á esta transgresión funesta. Ya el Serafín, armado con el ígneo azote, preparábase á lanzar aquellos infelices de la mansion placentera en que no supieron conservarse, cuando Dios, para que no se precipitaran en el abismo de la desesperación, les prometió un Reparador. Lo mismo ellos que su malhadada raza suspiraban por la venida del que debía ofrecerse por nosotros á la justicia de un Dios irritado, y tomando sobre sí la expiación de nuestras iniquidades devolvernos la gracia y la salvación. Vino, por fin, el Salvador; ¿pero á quién es deudor el género humano de ese Salvador, que vertió su sangre por nuestro rescate y salvación? A las oraciones y virtudes de la Virgen Santísima. Ella engendró á Jesús de su misma sustancia; le alimentó con su propia leche; le cuidó con una solicitud inexplicable para ser nuestra víctima; y participando del amor del Eterno, consintió á su muerte, para que nosotros viviéramos eternamente.

Vedla al pié de la cruz. Traspasado su corazón de una espada cruelísima, ofreció al eterno Padre la víctima de infinito valor por nuestra salvación; y en aquellos momentos de sus más crueles angustias, nos aceptó por hijos, bien que previese que nosotros intentaríamos mil veces, con nuestra ingratitude, renovar sus dolores. Hé ahí los beneficios de que somos deudores á María. Hé ahí la prueba más decisiva de su celo por nuestra salvación, y la lección

(1) Serm. De Laudi. Virg.

(2) Orat. de Annunt.

(3) Serm. de Assunt.

(4) Orat. II Torno. B. V.

más elocuente del interés que debemos tomarnos por el bien espiritual de nuestros hermanos.

De lo dicho se infiere, que están en un grandísimo error las personas que creen cumplir con su obligación y observar exactamente el precepto del amor hácia el prójimo, solo porque una que otra vez dán de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo, posada al peregrino, ó hacen alguna otra obra de misericordia corporal. No niego que Dios hace en los santos libros promesas inmensas á las almas caritativas, que socorren las necesidades corporales de sus hermanos necesitados, como intima también las más severas amenazas contra los duros de corazón; pero, por lo mismo que el alma vale más que el cuerpo, son inmensamente mayores las promesas hechas á los misericordiosos, que sacan á sus hermanos de sus miserias espirituales, y más severas, sin poderación, las amenazas intimadas contra los que descuidan salvarlos. Verdad es, que están reservadas grandes recompensas á los corazones generosos que dán parte á los pobres de las riquezas que les concedió la divina Providencia, y se les preparan terribles castigos á los egoístas, que, insensibles á toda desgracia, no ayudan á los pobres en sus necesidades corporales; pero ya que la vida del alma vale más que la del cuerpo, añado, que mayor galardón aguarda á los caritativos que socorren las necesidades espirituales del prójimo, y está preparado mayor castigo contra los egoístas que no aprovechan en sus hermanos las ventajas de practicar el celo por su salvación. Santo Tomás de Villanueva, que tan caritativo se mostró para con los pobres, decía: que allí es más necesario el socorro, donde es más grave la indigencia; y que es una obligación más estrecha socorrer á un alma, para que no perezca, que á un cuerpo el cual debe perecer algún día; y San Gregorio, cuya caridad hácia las desventuras corporales del prójimo no puede ponerse en duda, aseguraba, que es un pecado más grave la omisión de la corrección debida que la omisión de la limosna, siendo menor el daño que podría seguirse de la falta de limosna que de la oportuna corrección.

No repliqueis, hermanos míos, que este celo por la salvación de las almas es propio de los misioneros, y que no corresponde á vuestra condición. Tal vez tendríais razón si se os impusiesen por obligación las fatigosas peregrinaciones é incesantes solicitudes de los misioneros. Pero no se exige esto de vosotros, ni vuestro deber llega á tanto. El Espíritu Santo, sin exceptuar á nadie, dice á todos, que debemos salvar el alma del prójimo según nuestra posibilidad

y propio estado; y no hay nadie, que, según las propias fuerzas y el propio estado, no halle medios con alguna santa industria de acudir á la salud espiritual de sus hermanos. Si no puede con sermones, podrá con consejos; si no puede con consejos, podrá con buenos ejemplos. Algunos dicen, que, faltos de riquezas, no pueden con abundantes limosnas secar las lágrimas de los indigentes, y acaso sea esto verdad. Otros dicen, que, faltos de autoridad, no pueden corregir con saludables advertencias á los extraviados; y tal vez sea esto también cierto. Pero cuando solo se trata de dar buenos ejemplos, ¿quién podrá decir en verdad que no puede, que no está llamado á esto? Podemos, ya que para obrar con buenos ejemplos no son necesarios poder, autoridad ni saber; y debemos, porque los buenos ejemplos suelen ser más eficaces que los sermones de los predicadores.

Así pues, hermanos míos, imitemos á María en el celo por la salvación de las almas. La caridad le dice, que el linaje humano no puede salvarse sin un Salvador divino, y Ella lo pide al Cielo, y con sus ardorosas ansias apresura su venida. La caridad le dice, que si el Hijo que ha concebido en sus entrañas no derrama su sangre en la cruz, los descendientes de Adán no alcanzarán la felicidad para la cual han sido criados; y Ella consiente en que su primogénito sea por nosotros sacrificado en oloroso holocausto, y le acompaña al Calvario, y permanece firme al pié de la cruz, y sufre por nosotros el más atroz martirio. Esta caridad es el más precioso ornamento de las almas cristianas. Toda otra caridad que no sea ésta, no merece el nombre de tal, ó no reúne todas sus condiciones. Persuadámonos de esto, amados hermanos, é imitando á María en acudir á la salud espiritual del prójimo, hagamos que se conserve siempre en nuestros corazones viva y ardiente la llama de la caridad. Felices nosotros si, faltos de méritos como nos hallamos y llenos de pecados, presentándonos delante del tribunal del eterno Juez pudiéremos decir, que hemos imitado á María en la práctica de esta virtud, pues basta esto para hacernos esperar con favorable sentencia la corona de la gloria.